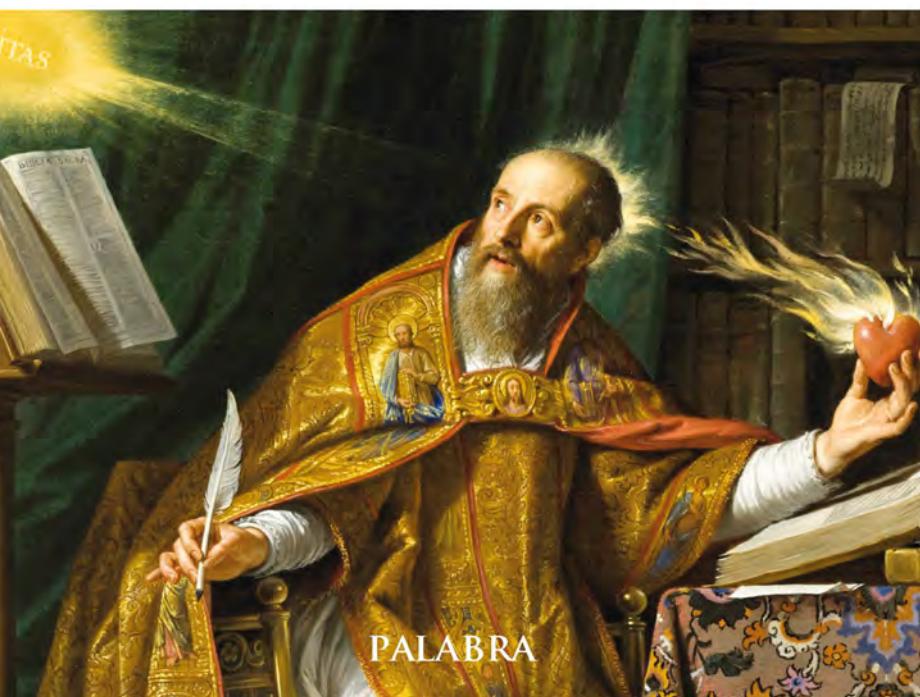


TE CONCEDO UN CORAZÓN SABIO E INTELIGENTE

LA DIMENSIÓN INTELECTUAL
DE LA FORMACIÓN SACERDOTAL

Francisco Javier Insa Gómez (coord.)

Prólogo del Card. Beniamino Stella



**Te concedo un corazón
sabio e inteligente**

La dimensión intelectual
de la formación sacerdotal

EDICIONES PALABRA
Madrid

© Francisco Javier Insa Gómez (coord.), 2022
© Ediciones Palabra, S.A., 2022
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 913 507 720 - (34) 913 507 739
www.palabra.es
palabra@palabra.es

Diseño de la cubierta: Liliana Agostinelli
ISBN: 978-84-1368-138-2
Depósito Legal: M-564-2022
Impresión: Gohegraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

FRANCISCO INSA (COORD.)

PRÓLOGO DEL CARD. BENIAMINO STELLA

Te concedo un corazón sabio e inteligente

La dimensión intelectual
de la formación sacerdotal



PRÓLOGO

LA FORMACIÓN INTELECTUAL AL SERVICIO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

S. Em. R. Beniamino Stella¹

1. UNA NUEVA VISIÓN A PARTIR DE LA *RATIO FUNDAMENTALIS*

La reflexión sobre la dimensión intelectual de la formación de los candidatos al sacerdocio requiere que comencemos señalando ciertos esquemas o prejuicios que han arraigado con el tiempo y nos impiden captar su verdadero significado. Por eso antes de entrar en el tema que quisiera desarrollar, me parece oportuno –si se me permite– hacer brevemente esta pequeña deconstrucción basándome en el planteamiento general que ofrece la *Ratio fundamentalis* promulgada por la Congregación para el Clero el 8 de diciembre de 2016.

En primer lugar, la *Ratio* afirma que la formación de los candidatos al sacerdocio está llamada a hacer confluir de modo integral y simultáneo cuatro dimensiones: humana, espiritual, intelectual y pastoral².

¹ Prefecto de la Congregación para el Clero.

² Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*. *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 8 de diciembre de 2016, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2016, n. 89.

En efecto, los candidatos están llamados a ser pastores con el corazón de Cristo, humanamente serenos en las esferas de la afectividad, la psique, la sexualidad y las relaciones; pero también han de estar sólidamente fundados en la vida espiritual, preparados en las ciencias sagradas y generosamente dedicados al servicio pastoral.

Este concepto de formación integral «reviste la máxima importancia, en cuanto que es la misma persona en su totalidad, con todo lo que es y con todo lo que posee, quien se pone al servicio del Señor y de la comunidad cristiana. El llamado es un “sujeto integral”, o sea, un individuo previamente elegido para alcanzar una solidez interior, sin divisiones ni dicotomías»³.

Este primer elemento sirve para ayudar a los formadores y a toda su labor educativa para que superen la antigua convicción a la que me he referido al inicio, la cual desgraciadamente ha sido en algunos casos la nota dominante en el proceso formativo. Incluso en nuestros días aún amenaza con generar un peligroso automatismo que podríamos sintetizar de este modo: bastaría con realizar los estudios académicos de manera satisfactoria y aprobar los exámenes previstos con buenos resultados para ser considerado idóneo para las Órdenes Sagradas.

Por el contrario, la *Ratio* afirma que «es necesario garantizar una sólida y adecuada calidad de la formación intelectual; por otro lado, conviene recordar que el cumplimiento de las obligaciones relativas

³ *Ibidem*, n. 92.

a los estudios no puede ser el único criterio para determinar la duración del *iter* formativo del candidato al sacerdocio, desde el momento en que el estudio, si bien es importante, representa solo un aspecto, ciertamente no secundario, de la formación integral, con vistas al presbiterado»⁴.

Una segunda consideración tendría que ver con el riesgo de interpretar de manera reductiva la formación intelectual, haciéndola coincidir simplemente con el itinerario académico de los estudios filosóficos y teológicos. Es cierto que la profundización en estas disciplinas previstas en el ciclo de estudios de los candidatos al sacerdocio ofrece la principal contribución al crecimiento de su bagaje doctrinal y cultural, y por tanto contribuye en gran medida a su madurez integral. Sin embargo, la *Ratio* quiere dejar claro que el conjunto de materias bíblicas, teológicas y filosóficas previstas en el ciclo de estudios se encuentra «dentro de una visión más amplia de la formación intelectual»⁵.

Esto significa que la formación intelectual va más allá de la meramente académica –aunque esta última suponga como su columna vertebral– y se preocupa de proporcionar las herramientas necesarias para generar una cultura general básica que hará del futuro sacerdote alguien capaz de interactuar con el mundo y con la cultura donde estará llamado a anunciar el Evangelio.

⁴ *Ibidem*, n. 118.

⁵ *Ibidem*, Introducción, n. 3.

Vale la pena que nos detengamos en este aspecto, porque nos permite encuadrar el tema de este libro. En efecto, afirmar que la formación intelectual no se reduce al simple itinerario académico de estudio significa dejar claro que el objetivo último de la preparación de un presbítero no es la suma de conocimientos e informaciones técnicas de tipo teológico o filosófico, sino el servicio efectivo a la caridad pastoral que se espera de ellos y que sintetiza todas las dimensiones de la formación.

La *Ratio fundamentalis* afirma a este respecto que la sólida preparación que se exige a los candidatos al sacerdocio a través del estudio de las disciplinas académicas, junto con una preparación cultural general, tiene por objeto permitirles «anunciar el mensaje evangélico de modo creíble y comprensible al hombre de hoy, entrar eficazmente en diálogo con el Mundo contemporáneo y sostener, con la luz de la razón, la verdad de la fe, mostrando su belleza»⁶.

2. EL IMPRESCINDIBLE DIÁLOGO ENTRE FE Y CULTURA

Llegamos así a un punto fundamental –también desde el punto de vista teológico– de la vida del presbítero y del ejercicio de su ministerio. La ordenación le convierte en un hombre de Dios y, al mismo tiempo, en un apóstol del Evangelio en medio del Pueblo de Dios. Es decir, está llamado a anunciar y a ser testigo del Reino de Dios no solo mediante la predicación, sino también a través de los diferentes lengua-

⁶ *Ibidem*, n. 116.

PRÓLOGO

jes humanos y las relaciones interpersonales. Estas han de estar caracterizadas por la caridad, un estilo pastoral de cercanía y misericordia y, en general, por el deseo de guiar a la comunidad cristiana hacia Dios.

Hablando a los participantes de un Convenio sobre la *Ratio fundamentalis* promovido por la Congregación para el Clero, el Papa Francisco dijo que «el sacerdote debe estar entre Jesús y la gente: con el Señor, en la Montaña, renueva cada día la memoria de la llamada; con las personas, en el valle, sin asustarse nunca de los riesgos ni endurecerse en los juicios, se ofrece a sí mismo como el pan que alimenta y el agua que apaga la sed, “pasando y haciendo el bien” a los que encuentra en el camino y ofreciéndoles la unción del Evangelio»⁷.

Precisamente por esta llamada específica, el presbítero está invitado a profundizar en las ciencias filosóficas y teológicas. La ordenación le convierte en un signo de la misericordia de Dios revelada en Cristo Buen Pastor. Al proclamar la Palabra, trae agua para calmar la sed del Pueblo de Dios y abrirle el camino para el encuentro con el Señor; los acompaña en la profundización de la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia para sostenerlos en el camino de la fe y hacerlos estables en la verdad. A través del conocimiento cultural y la capacidad de entrar en diálogo, se convierte en un signo de la escucha de Dios y de su paciente solicitud por las fatigas y las preguntas

⁷ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ratio fundamentalis*, 7 de octubre de 2017.

humanas, esas que surgen del corazón de los que creen pero también esas que a veces se hacen los indiferentes o quienes están marcados por heridas que les queman y les impiden abrazar la esperanza del Evangelio.

Al mismo tiempo, el Pastor se pone a la escucha de la cultura de su época y de la sociedad en la que vive, donde los fieles que le han sido confiados transcurren su propia vocación laical. Esta actitud le permite captar los signos de verdad cristiana que allí se revelan, las aspiraciones más profundas, los anhelos de justicia y de paz que se descubren. No podemos olvidar que el anuncio del Evangelio correría el riesgo de permanecer abstracto o de deslizarse hacia el intimismo si no estuviera estrechamente vinculado con la cultura y la vida real de quienes están llamados a recibirlo: fe y humanidad están estrechamente ligadas.

Si entendemos por cultura –como hace *Evangelii gaudium*– el estilo de vida que tiene una sociedad determinada, su manera de entender la realidad, el modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, debemos al mismo tiempo afirmar que el anuncio del Evangelio, para arraigarse concretamente en la vida real, no puede dejar de referirse a este ámbito. Por el contrario, «la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe»⁸, de modo que «el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, permaneciendo ple-

⁸ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 115.

namente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado»⁹.

Al mismo tiempo no podemos olvidar que el anuncio del Evangelio solo es posible a través de la mediación de la amplia gama de lenguajes humanos y, por tanto, no puede prescindir de entrar en contacto y conocer profundamente el ambiente cultural y social al que está destinado, sus visiones, sus símbolos y sus formas de comunicarse.

Precisamente por este motivo la formación intelectual y académica, que aporta competencias específicas a nivel bíblico, teológico o canónico, no es un fin en sí misma, sino que debe estar al servicio de la evangelización, que es la tarea esencial de la Iglesia y a la que los ministros de Dios están llamados de manera particular por su específica vocación. Evangelizar –afirma el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*– «es hacer presente en el mundo el Reino de Dios»¹⁰. Esto significa iniciar un proceso de inculturación del Evangelio en el que la fe cristiana se ponga a la escucha atenta del mundo y de la cultura en la que se encarna, tratando de escrutar los innumerables signos de la revelación de Dios que surgen de ella y al mismo tiempo influir en la transformación de la sociedad para que se convierta en un lugar de fraternidad, de justicia y de amor, en un fermento de Dios en el mundo.

⁹ *Ibidem*, n. 116.

¹⁰ *Ibidem*, n. 176.

3. LA FORMACIÓN INTELECTUAL
AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN

Este entrelazamiento de fe y cultura está radicado en la verdad cristiana de la Encarnación. No es casualidad que este sea el punto de partida de la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, que afirma que «la alegría de la verdad manifiesta el deseo vehemente que deja inquieto el corazón del hombre hasta que encuentre, habite y comparta con todos la Luz de Dios. La verdad, de hecho, no es una idea abstracta, sino que es Jesús, el Verbo de Dios en quien está la Vida que es la Luz de los hombres (cfr. *Jn* 1, 4); el Hijo de Dios que es a la vez el Hijo del hombre»¹¹.

La Constitución Apostólica ha sido promulgada precisamente con el fin de reunir, por una parte, el rico patrimonio de reflexiones y orientaciones en materia de estudios teológicos que convergieron especialmente en el Concilio Vaticano II. Pero por otra parte quiere suscitar una renovación de las disciplinas eclesíásticas en vista de la transformación misionera de una «Iglesia en salida»¹².

En efecto, hoy es especialmente evidente la necesidad de que todo el Pueblo de Dios se convierta en protagonista de una nueva evangelización, y esto requiere, afirma el Papa Francisco, un adecuado proceso de reforma de los estudios eclesíásticos, que «no deben solo ofrecer lugares e itinerarios para la formación cualificada de los presbíteros, de las personas consa-

¹¹ FRANCISCO, Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, 8 de diciembre de 2017, n. 1.

¹² *Ibidem*, n. 3.

PRÓLOGO

gradas y de laicos comprometidos, sino que constituyen una especie de laboratorio cultural providencial, en el que la Iglesia se ejercita en la interpretación performativa de la realidad que brota del acontecimiento de Jesucristo y que se alimenta de los dones de Sabiduría y de Ciencia, con los que el Espíritu Santo enriquece en diversas formas a todo el Pueblo de Dios»¹³.

Ante los grandes cambios culturales y sociales que definen el advenimiento de un verdadero cambio de época, la formación académica y la investigación científica cristianas están llamadas de manera especial a la importante tarea de «llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia»¹⁴ a los nuevos escenarios globales, antropológicos y culturales. En efecto, escribe el Papa Francisco, especialmente hoy en día «es más evidente la necesidad de una auténtica hermenéutica evangélica para comprender mejor la vida, el mundo, los hombres [...]. La filosofía y la teología permiten adquirir las convicciones que estructuran y fortalecen la inteligencia e iluminan la voluntad... pero todo esto es fecundo solo si se hace con la mente abierta y de rodillas. El teólogo que se complace en su pensamiento completo y acabado es un mediocre. El buen teólogo y filósofo tiene un pensamiento abierto, es decir, incompleto, siempre abierto al *maius* de Dios y de la verdad, siempre en desarrollo»¹⁵.

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

¹⁵ *Ibidem.*

La Constitución Apostólica esboza algunos criterios básicos para la renovación de los estudios eclesiológicos en vista de una Iglesia en salida misionera: el *primero* es el criterio prioritario y permanente, y consiste en una contemplación y comprensión más profundas del *kerigma*, es decir, de la siempre nueva y fascinante buena noticia del Evangelio de Jesús. El *segundo* criterio inspirador es el diálogo, porque «el Evangelio y la doctrina de la Iglesia están llamados hoy a promover una verdadera cultura del encuentro, en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal; es más, una cultura –podríamos afirmar– del encuentro entre todas las culturas auténticas y vitales, gracias al intercambio recíproco de sus propios dones en el espacio de luz que ha sido abierto por el amor de Dios para todas sus criaturas»¹⁶.

Este compromiso requiere un *tercer* paso, que consiste en la inter- y transdisciplinariedad, con el fin de ofrecer una diversidad de saberes que corresponda a la riqueza multiforme de la realidad en la unidad del conocimiento y a la luz de la Revelación. Por último, el *cuarto* criterio es la necesidad de «crear redes» entre las distintas instituciones que cultivan y promueven los estudios eclesiológicos y entre estas últimas y las instituciones académicas seculares, de manera que puedan profundizar en los problemas que afectan a la humanidad de hoy.

Ahora bien, estos criterios exigen una valiente renovación de las disciplinas eclesiológicas, una auténti-

¹⁶ *Ibidem*, n. 4b.

ca revisión de sus contenidos, métodos y objetivos, con el fin de modificar en profundidad su intencionalidad específica. Estos estudios no solo están destinados a proporcionar una formación personal a los sacerdotes y a los cristianos en general, ni tampoco a diseccionar científicamente los datos de la Revelación divina; deben, por el contrario, servir a «una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales»¹⁷.

El Papa Francisco afirma que «no hay duda de que la Teología debe estar enraizada y basada en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva, pero precisamente por eso debe acompañar simultáneamente los procesos culturales y sociales, de modo particular las transiciones difíciles»¹⁸. Por este motivo «los estudios eclesiásticos no pueden limitarse a transmitir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, deseosos de crecer en su conciencia cristiana, conocimientos, competencias, experiencias, sino que deben adquirir la tarea urgente de elaborar herramientas intelectuales que puedan proponerse como paradigma de acción y de pensamiento, y que sean útiles para el anuncio en un mundo marcado por el pluralismo ético-religioso»¹⁹.

En definitiva, nos encontramos ante un gran reto cultural, espiritual y educativo que implica también a las universidades e instituciones culturales cristianas,

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*, n. 4d.

¹⁹ *Ibidem*, n. 5.

con el fin de que los estudios filosóficos, la teología, la exégesis bíblica y las disciplinas canónicas ofrezcan herramientas válidas a los sacerdotes y laicos llamados a realizar una misión evangelizadora en la sociedad contemporánea, ayudándolos a convertirse en expertos en captar los interrogantes, las batallas, los sueños, las luchas y las preocupaciones de la humanidad y, al mismo tiempo, suscitar nuevas visiones y actuaciones capaces de transformar el mundo.

Por su parte, la *Ratio fundamentalis* ha abierto ya el camino a un replanteamiento de esa formación intelectual de los sacerdotes orientada a la evangelización y a la caridad pastoral. El documento de la Congregación para el Clero aclara la finalidad de la dimensión intelectual al afirmar que «busca que los seminaristas obtengan una sólida competencia en los ámbitos filosófico y teológico, y una preparación cultural de carácter general, que les permita anunciar el mensaje evangélico de modo creíble y comprensible al hombre de hoy, entrar eficazmente en diálogo con el Mundo contemporáneo y sostener, con la luz de la razón, la verdad de la fe, mostrando su belleza»²⁰.

El criterio básico y el objetivo último, por tanto, son el servicio al anuncio de la Palabra y a la acción pastoral del sacerdote. De hecho, continúa la *Ratio* hablando de la formación intelectual, «lejos de ser relegada al ámbito de los conocimientos o de ser entendida solo como instrumento para recibir más informaciones sobre las distintas disciplinas, la dimensión

²⁰ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*, n. 116.

PRÓLOGO

intelectual acompaña a los presbíteros para que se dispongan a una escucha profunda de la Palabra, y también de la comunidad eclesial, para aprender a escrutar los signos de los tiempos»²¹.

También con este fin el documento prevé que, además del tradicional e indispensable plan de estudios necesario para el acceso a las Órdenes Sagradas, se puedan cursar algunas asignaturas denominadas «ministeriales». Se trata de disciplinas cuyo conocimiento se relaciona aún más específicamente con las necesidades del futuro ministerio pastoral: el *ars celebrandi*, la homilética, cuanto se refiere a la preparación, los métodos y el contenido del anuncio, un conocimiento profundo de las expresiones culturales de la fe tales como la piedad popular, una formación cuidadosa en la administración de los bienes, la atención al tema de las comunicaciones sociales, etc.²².

4. CONCLUSIÓN

Se trata de hacer todo lo posible para que el seminario y los distintos espacios académicos proporcionen a los futuros sacerdotes una sustanciosa preparación filosófica, teológica y canónica que les ayude en su ministerio a «dar razón de su esperanza» (1 P 3, 15), a dar a conocer la Revelación de Dios y a entrar en diálogo con la cultura actual y sus múltiples

²¹ *Ibidem*, n. 117.

²² Cfr. *Ibidem*, nn. 171-184.

facetas, con el fin de «crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos»²³.

Para lograr este objetivo, afirma el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*, es necesario que las universidades sean ámbitos privilegiados para pensar y desarrollar el empeño evangelizador de la cultura, y que los teólogos «lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio»²⁴.

Pienso que este compromiso será acogido con pasión y dedicación en todos los ambientes académicos y universitarios, de modo que los que allí se formen sean sostenidos en su camino y se conviertan en Pastores según el corazón de Cristo.

²³ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 132.

²⁴ *Ibidem*, n. 133.

PRESENTACIÓN. AMARÁS A DIOS CON TODA TU MENTE

Francisco Javier Insa Gómez¹

1. UN CORAZÓN SABIO E INTELIGENTE

Después de afianzarse en el trono de Israel, Salomón subió a la ciudad de Gabaón, donde ofreció a Yahveh «mil sacrificios». Como señal de aceptación, Dios se le apareció en sueños y le dijo: «pide qué quieres que te dé». El rey respondió solicitando un corazón dócil para juzgar a su pueblo y para saber discernir entre el bien y el mal. Esta magnánima petición fue premiada por Dios, que le concedió «un corazón sabio e inteligente», además de las riquezas y gloria que Salomón había considerado secundarias (cfr. *1 R 3*, 2-15).

El diálogo de Salomón con Yahveh establece una relación entre inteligencia y corazón, entre mente y afectos, que puede servir de marco para comentar la dimensión intelectual de la formación sacerdotal.

¹ Profesor encargado de Bioética y secretario del Centro de Formación Sacerdotal de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma).

2. UNA MENTE ACORDE CON LA MENTE DE DIOS

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo» (*Lc* 10, 27; cfr. *Mt* 22, 37-39; *Mc* 12, 30-31). La enunciación del *primer mandamiento* en los evangelios sinópticos tiene una importante peculiaridad respecto a la formulación original en el Pentateuco (cfr. *Dt* 6, 5): los evangelistas añaden que hay que amar a Dios *con toda tu mente (dianoia)*. Es probable que al dirigirse también a cristianos de origen gentil viesen la necesidad de hacer referencia a algo tan valorado en el mundo helénico como la mente, la razón, el *nous*. Pero podemos preguntarnos: ¿qué significa amar a Dios con la mente, es más, con *toda* la mente? Sin duda no puede referirse a estar todo el tiempo pensando en Él o a dirigirle continuamente oraciones. Todos necesitamos muchas veces al día dedicarnos a tareas que requieren toda nuestra atención, toda nuestra mente: el estudio, la lectura, una conversación, etc.

Podemos pensar, más bien, que se trata de una actitud habitual, una *forma mentis*, un modo de ver, entender y juzgar la realidad (el mundo, los demás y uno mismo) acorde con la mente de Dios. Esto tiene mucho que ver con algunos dones del Espíritu Santo (ciencia, entendimiento, sabiduría), que nos permiten conocer y tratar a Dios con la profundidad con que se conocen y tratan entre sí las tres divinas Personas y mirar a las criaturas como Él las ve. Esta es la fuente de la verdadera sabiduría: *initium sapientiae timor Domini*, «el inicio de la sabiduría es el temor del Se-

PRESENTACIÓN

ñor» (*Sal* 111, 10). Pero no se trata solo de pedir los dones y sentarse a esperar...

3. LA FORMACIÓN INTELECTUAL

La gracia de Dios cuenta con la correspondencia humana para dar todo su fruto. El hombre puede ir poco a poco modelando su modo de pensar, haciéndolo más acorde con la mente divina.

Se trata de un modo concreto de vivir la identificación con Cristo, que lleva a tener una especie de instinto (un «instinto adquirido») para relacionarse con el mundo. San Josemaría lo llamaba *mentalidad católica* y la concretaba así: conocimiento de la doctrina, diálogo con el pensamiento y la ciencia contemporáneos con afán de mostrar su compatibilidad con el mensaje de Cristo y «una actitud positiva y abierta ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida»².

Un primer paso es, por tanto, el conocimiento de la doctrina cristiana, el *fides quaerens intellectum* (la fe que busca entender) que propugnaba san Anselmo de Canterbury³. El desarrollo de la vida de fe reclama la profundización racional en las verdades creídas, saber qué creemos y, dentro de la limitación de nuestra inteligencia, entrar hasta donde sea posible en el contenido de nuestra fe. Es una experiencia común que cuando nos interesa verdaderamente algo

² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Surco*, Rialp, Madrid 1986, n. 428.

³ SAN ANSELMO DE CANTERBURY, *Proslogion*. De hecho, el título completo de la obra es *Proslogion seu fides quaerens intellectum*.

(una persona, una idea, una obra de arte, una historia, una ciencia), intentamos saber *todo* lo que podamos sobre eso y dedicamos tiempo y energías para conseguirlo.

Si he descubierto que lo más importante de mi vida es Dios, que da sentido a mi existencia, que me quiere y me invita a tener una relación de tú a Tú con Él, es lógico que quiera conocer todo lo que me sea posible sobre Él. Como dos novios que se preguntan por su familia, sus aficiones, sus gustos, su pasado. Pero aquí encontramos una peculiaridad: conocer a Dios cambia mi vida y mi modo de ver la realidad. Saber, por ejemplo, que Dios es Padre creador y providente lleva necesariamente al cristiano a una actitud esperanzada y optimista ante las dificultades que pueda encontrar en su vida. Volveremos sobre esta idea en el siguiente apartado.

El modo de concretar este conocimiento dependerá de las circunstancias de cada persona; pero hay uno que está al alcance de todos independientemente de su estado, cultura y formación: la lectura meditada del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que contiene de manera asequible las verdades teológicas más básicas.

La dimensión intelectual no se agota en *saber cosas sobre Dios*. Conseguir una *forma mentis* acorde con la mente divina implica conocer el mundo y el hombre en toda su riqueza y profundidad también desde el punto de vista humano. Por eso la Iglesia ha fomentado siempre y ha incluido dentro de sus ciclos institucionales los estudios filosóficos, que habilitan para entender las verdades sobre el hombre y su fin último.

PRESENTACIÓN

Además, el bagaje cultural supone una gran ayuda para tener la sensibilidad necesaria para interactuar con personas de las más diversas condiciones y ser sensibles a toda su riqueza y complejidad. Cobra aquí especial interés el conocimiento de los clásicos de la literatura, tanto local como universal, así como el cultivo de las otras artes clásicas (música, arquitectura, pintura, escultura...) incluido el cine, bien llamado séptimo arte.

Esa *forma mentis* a imagen de la divina se traducirá en un modo de sentir como el de Cristo, como recomendaba san Pablo a los filipenses (cfr. *Flp* 2, 5). A quien ha asimilado verdaderamente esa formación le gustará lo que agrada al Señor y le desagradará lo que a Él le desagrada... también cuando le resulte atractivo.

4. UNA PIEDAD FUNDADA EN LAS VERDADES CRISTIANAS

Una de las pruebas de que la formación doctrinal ha calado en la propia vida –es decir, que no es un mero conocimiento teórico– es su reflejo en la vida de piedad. En efecto, la vida espiritual del cristiano se alimenta de su bagaje doctrinal.

El misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo, tiene consecuencias inmediatas en nuestra oración, tal vez más de lo que nos damos cuenta. El hecho de que Dios sea Trino aporta colores nuevos a mi forma de rezar: puedo acudir a Él como a un Padre que me cuida, como a un Modelo que quiero imitar y que me marca el camino, como a Aquel que me obtiene las fuerzas que necesito para perseverar en mis deseos de santidad. Y, sobre todo, considerar el amor

de un Dios Creador, Redentor y Santificador –no ya del hombre en general, sino *mío*– despierta en mí el deseo de comportarme como un buen cristiano. Como cantamos en el himno *Adeste fideles, sic nos amantem, quis non redamaret*, ¿cómo no corresponder a quien nos ha amado tanto?

Del mismo modo, la profundización doctrinal en los misterios de la vida de Jesucristo ayudará a sacar mayor partido de la lectura y meditación del evangelio; una más adecuada comprensión de los sacramentos ayudará a la recepción más fructuosa de la Eucaristía; la comprensión de la maternidad divina de María y de su voluntaria asociación con la obra redentora de su Hijo dará un carácter más profundo y menos sentimental al trato con ella, etc.

5. AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN

No es infrecuente leer escritos sobre la importancia de la formación intelectual que parten de su utilidad apologética o evangelizadora. Este planteamiento es sin duda válido, pero parece pobre relegar su papel a algo meramente funcional, con el riesgo de reducirla a una cadena de conocimientos que se transmiten de unos a otros sin que nadie se detenga a considerarlos.

Por el contrario una formación vivida e integrada en primera persona, rezada, hace que ese riesgo se esfume. En este caso no se transmiten contenidos: se transmite vida. La evangelización entonces no se basa en una transmisión de ideas y conocimientos, sino en testigos que hablan de aquello que llena de

PRESENTACIÓN

sentido y de alegría la propia existencia, algo en lo que ha insistido repetidamente el Papa Francisco⁴.

Por otra parte, una sociedad secularizada como la nuestra requiere una particular preparación de los cristianos que, al igual que los apóstoles, están llamados a «dar razón de su esperanza» (1 P 3, 15). Esto implica conocer los principales campos donde la fe y la vida cristiana están especialmente en discusión (la familia, la educación, la vida) y ser capaz de defenderlos de una manera positiva y amable, adaptada a la mentalidad del otro, rebatiendo las ideas pero respetando a las personas.

6. LA DIMENSIÓN INTELECTUAL DE LA FORMACIÓN SACERDOTAL

Cuanto hemos dicho hasta ahora es aplicable a todos los cristianos, cualquiera que sea su género de vida: hombres y mujeres, jóvenes o adultos, solteros o casados, laicos o sacerdotes. A todos va dirigido el *primer mandamiento* y la llamada a identificarse con Cristo.

La vocación sacerdotal añade algunas características peculiares, unas *cuantitativas* y otras *cualitativas*.

Podemos sintetizar las primeras diciendo que el sacerdote debe estar más y mejor formado. La misión del presbítero –participación de la misión del mismo Cristo⁵– consiste en llevar la salvación de Dios a todos

⁴ Cfr., entre otros, FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, nn. 149-151.

⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 7 de diciembre de 1965, n. 2.

los hombres. Para esto requiere una preparación especial que le capacite para enseñar las verdades de Dios de una manera convincente, adaptada a las peculiaridades del hombre de hoy, capaz de resolver sus dudas y perplejidades⁶. Esta formación equivaldría en cierto modo a la que se exige en cualquier profesión. Sin embargo, todos los fieles, también los laicos, participan por el bautismo en la misión evangelizadora de Cristo⁷ y, por otra parte, el sacerdote es mucho más que un «profesional de la evangelización».

El principal efecto de la ordenación es la participación en la unción o consagración de Cristo, que habilita al sacerdote para «obrar en nombre de Cristo Cabeza»⁸ en la triple función de enseñar, santificar y regir a los fieles. Es precisamente esta participación, que determina un cambio *cualitativo* en el ministro ordenado, la que configura su participación en la misión evangelizadora. Por eso la *Ratio*, insistiendo en el carácter unitario de la formación sacerdotal, recuerda que «la formación intelectual es parte de la formación integral del presbítero; está al servicio del ministerio pastoral e incide también en la formación humana y espiritual, en la que encuentra un alimento provechoso»⁹. Se trata no solo de conocer *quién es*

⁶ Cfr. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*. Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis, 8 de diciembre de 2016, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2016, n. 116.

⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 21 de noviembre de 1964, nn. 30-38; IDEM, Decreto *Apostolicam actuositatem*, 8 de noviembre de 1965.

⁸ Cfr. IDEM, *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

⁹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*, n. 117.

PRESENTACIÓN

Dios para darlo a conocer a los demás, sino de ahondar en *quién soy yo* para realizar de manera más consciente y eficaz las tareas propias de mi ministerio.

Este enfoque puede evitar los dos extremos que harían insuficiente la formación intelectual: el *academismo* y el *pastoralismo*. El primero tendería a presentar unos contenidos abstractos, sin repercusiones en la vida, en la relación con Dios y con los otros; desde el punto de vista práctico daría igual tener o no esos conocimientos precisamente porque no son más que conocimientos que no se habrían hecho vida, no se habrían integrado mediante la reflexión y la oración. El *pastoralismo*, por el contrario, consistiría en mirar solo hacia la actividad externa –hablar, predicar, catequizar– a la que faltaría un contenido capaz de colmar las necesidades existenciales –intelectuales y afectivas– de los destinatarios. Como recuerda la *Ratio*, «lejos de ser relegada al ámbito de los conocimientos o de ser entendida solo como instrumento para recibir más informaciones sobre las distintas disciplinas, la dimensión intelectual acompaña a los presbíteros para que se dispongan a una escucha profunda de la Palabra, y también de la comunidad eclesial, para aprender a escrutar los signos de los tiempos»¹⁰.

7. ENAMORARSE DE DIOS TAMBIÉN CON LA CABEZA

«Amarás al Señor tu Dios [...] con toda tu mente» (Lc 10, 27). Creo que las siguientes palabras del beato Álvaro del Portillo sintetizan la unidad entre inte-

¹⁰ *Ibidem.*

ligencia, corazón y evangelización que hemos tratado de desarrollar en estas páginas: «Dios se nos ha metido en el corazón; enamórenos de Él también con la cabeza. Solo de este modo tomará plena posesión de todo nuestro ser. Solo así vuestra piedad se apoyará en un cimiento firmísimo, y en la labor apostólica podréis responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza (cfr. *1 P 3*, 15) con seguridad y sin complejos, aunque siempre con suavidad y respeto (cfr. *ibidem*, 3, 16)»¹¹.

Este planteamiento hace evidente que la necesidad de formarse no acaba nunca, porque nunca podremos decir que ya amamos a Dios lo suficiente (ni con el corazón ni con la cabeza), nunca podremos decir que nuestra *forma mentis*, nuestro modo de sentir y de pensar, están completamente identificados con los de Nuestro Señor Jesucristo.

8. CONTENIDO DEL LIBRO

Entre el 3 y el 7 de febrero de 2020 tuvo lugar en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma) la VI Semana de Estudio para Formadores de Seminarios, con el título «*Te concedo un corazón sabio e inteligente*». *La dimensión intelectual de la formación de los candidatos al sacerdocio*. Casi un centenar de sacerdotes procedentes de 25 países se reunieron en la Ciudad Eterna para reflexionar e intercambiar experiencias desde diversos puntos de vista (teológico, fi-

¹¹ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, *Carta pastoral*, 19 de mayo de 1992, n. 35.

PRESENTACIÓN

losófico, pastoral y pedagógico). En la línea marcada por la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* se intentó dar al encuentro un carácter interdisciplinar «no solo en su forma “débil”, de simple multidisciplinariedad, como planteamiento que favorece una mejor comprensión de un objeto de estudio, contemplándolo desde varios puntos de vista; sino también en su forma “fuerte”, de transdisciplinariedad, como ubicación y maduración de todo el saber en el espacio de Luz y de Vida ofrecido por la Sabiduría que brota de la Revelación de Dios»¹².

De esta forma, tanto en las ponencias como en el diálogo entre los participantes surgieron ideas y planteamientos útiles para profundizar en la importancia de este aspecto de la formación y para ofrecerla a los candidatos de una manera más atractiva y eficaz.

El presente libro recoge las conferencias que se impartieron en aquella ocasión. La comunidad de los formadores y los profesores encontrarán sugerencias útiles para ayudar a los candidatos a integrar su preparación intelectual con las otras dimensiones (humana, espiritual y pastoral) en beneficio de la comunidad que les será confiada. Pensamos, además, que la mayor parte de estas sugerencias son también aplicables a quienes ya han recibido la ordenación y a personas de cualquier edad y condición que quieren mejorar su vida cristiana.

Las ponencias han sido agrupadas en tres partes que vertebran el libro.

¹² FRANCISCO, CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA *Veritatis gaudium*, 8 de diciembre de 2017, Proemio, n. 4, c.

a) *Alcanzar la madurez humana y espiritual*

La primera sección se propone mostrar la importancia de la dimensión intelectual de la formación sacerdotal y facilitar su integración con las dimensiones humana y espiritual, tanto desde el punto de vista de los contenidos como en el modo de presentarla.

El libro se inicia con la reflexión de Miguel de Sallis (profesor de Ecclesiología en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) sobre la dimensión intelectual de la madurez de los candidatos, que es entendida como una adecuada integración entre *saber* y *sentir*. Como aportación práctica propone a los formadores algunos itinerarios para fomentar un sano desarrollo humano y sobrenatural de los seminaristas.

Paul O'Callaghan (profesor de Antropología Teológica en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) describe distintos *registros* en que puede apoyarse el formador para promover el crecimiento espiritual de los candidatos al sacerdocio. Concluye que el más importante es el intelecto –tanto del seminarista como del propio formador– y propone tres medios concretos para aprovecharlo: por parte del dirigido, el estudio de la teología y una actitud de sinceridad y docilidad; y por parte del formador, la experiencia en la labor de acompañamiento espiritual.

Por último, Mariano Fazio (Vice Gran Canciller de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) parte en su exposición de la conocida frase de Jesús en el evangelio de san Juan «la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 32) para ilustrar la relación entre verdad y libertad en la tarea de formación. Un estilo formativo que

PRESENTACIÓN

consiga poner al candidato frente a frente con la verdad sobre sí mismo, sobre los demás y sobre el mundo le permitirá superar falsas antinomias y alcanzar la libertad interior que le permitirá ser *él mismo* en su camino de configuración con Cristo.

b) Los contenidos de la formación

En sentido restringido, la formación intelectual comprendería los estudios institucionales de filosofía y teología, que son abordados en esta parte. Pero en un sentido más amplio incluyen también el desarrollo de una cultura general (literaria, histórica, etc.) que puede fomentarse desde el seminario. Por otra parte, esta sección abordará cómo desde el seminario se puede ayudar al estudio (entendido como aprendizaje, asimilación y memorización) de los contenidos y algunos aspectos pedagógicos que conviene tener en cuenta en toda labor educativa.

Esta sección comienza con el capítulo de Luis Romero (profesor de Metafísica en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz). Partiendo de las etapas formativas propuestas por la *Ratio*, considera el discipulado como un evento profundamente humano que puede ser entendido mejor desde la base intelectual, antropológica y existencial que ofrece la filosofía.

Philippe Curbelié (jefe de la Oficina para las Universidades de la Congregación para la Educación Católica) ilustra su exposición con una imagen repetidamente presentada por el Papa Francisco: la del sacerdote que está delante de su comunidad para guiarla, en medio para alentarla y sostenerla, y detrás para mantenerla unida. Pone esta triple posición del

pastor en relación con el *tria munera* que está llamado a ejercer en servicio de la comunidad que le es confiada e ilustra cómo los estudios teológicos suponen una gran ayuda para ejercer de manera eficaz esa función.

A continuación, Florian Erlenmeyer (profesor de Teología Fundamental y secretario de estudios en el Seminario *Redemptoris Mater* de Berlín) presenta las características fundamentales de la cultura actual, llena de desafíos por lo que respecta a la formación de las jóvenes generaciones. Basándose en una narrativa que parte de la propia historia, propone algunas ideas que pueden ayudar en la labor del seminario.

Una amplia experiencia como bibliotecario y formador del Seminario Internacional *Sedes Sapientiae* permite a Vito Reale (profesor de Patrología en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) presentar el papel del equipo de los formadores en general y de cada formador en particular en ayudar a los candidatos a sacar un rendimiento adecuado al tiempo dedicado al estudio. Con este fin, destaca que el seminario debe asegurar un número adecuado de horas y unas instalaciones idóneas y que cada formador, sin salir de su ámbito, puede ser de gran ayuda para los seminaristas en su papel de estudiantes.

Termina esta parte Marisa Musaio (profesora de Pedagogía General y Social en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán). Presenta la tarea educativa como una labor que va mucho más allá de una transmisión de datos desde un punto de vista meramente externo (memorizar textos, conocer técnicas, optimizar los resultados). Por el contrario, se trata de facilitar la interiorización de manera que el semi-

narista concluya su periodo de formación inicial «equipado» con unos contenidos teóricos y prácticos que le ayudarán a afrontar con éxito las distintas situaciones que encontrará en su vida de sacerdote.

c) Educar evangelizadores

El libro concluye describiendo el fin último de toda la tarea formativa en el seminario: formar pastores a la medida del corazón de Cristo. Una sólida preparación intelectual será un sólido punto de apoyo para toda la labor evangelizadora.

El fundamental papel de los profesores, considerados como auténticos *maestros* de los candidatos, es puesto de relieve por S.E.R. mons. Stefano Manetti (Obispo de Montepulciano-Chiusi-Pienza y delegado de la Conferencia Episcopal Italiana para los Seminarios). En su tarea formativa, los docentes están llamados a implicarse personalmente con su inteligencia y su corazón, ejerciendo una paternidad que con frecuencia necesitan los candidatos y viviendo su labor como una *kénosis* al servicio de sus alumnos.

El libro se cierra con la contribución de Lucio Adrián Ruiz (secretario del Dicasterio para la Comunicación), que describe los retos que se plantean a la transmisión de la fe en una cultura como la nuestra, caracterizada por la omnipresencia de la tecnología. Pone de manifiesto que el mundo digital es a la vez un espacio desde el que evangelizar y un nuevo mundo al que llevar el mensaje de Cristo.

* * *

Esperamos que este libro sirva a los responsables de la formación en los seminarios en su tarea de ayudar a los candidatos a amar a Dios con todo su corazón y con toda su mente. De este modo desarrollarán un corazón «sabio e inteligente» que les permitirá llevar a cabo su labor de evangelizadores como testigos de una realidad vivida en primera persona: la de Dios que nos ama y nos invita a una vida de comunión con Él.

Para concluir esta presentación, quisiera agradecer a las personas que han hecho posible que el libro vea la luz, especialmente al resto de miembros del Comité Directivo del Centro de Formación Sacerdotal de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, profesores Paul O'Callaghan, Manuel Belda y Miguel de Salis.

ÍNDICE

Prólogo. La formación intelectual al servicio de la nueva evangelización

<i>S. Em. R. Beniamino Stella</i>	7
1. Una nueva visión a partir de la <i>Ratio fundamentalis</i>	7
2. El imprescindible diálogo entre fe y cultura	10
3. La formación intelectual al servicio de la evangelización	14
4. Conclusión.....	19

Presentación. Amarás a Dios con toda tu mente

<i>Francisco Javier Insa Gómez</i>	21
1. Un corazón sabio e inteligente	21
2. Una mente acorde con la mente de Dios	22
3. La formación intelectual	23
4. Una piedad fundada en las verdades cristianas ...	25
5. Al servicio de la evangelización	26
6. La dimensión intelectual de la formación sacerdotal.....	27
7. Enamorarse de Dios también con la cabeza	29

8. Contenido del libro	30
a) <i>Alcanzar la madurez humana y espiritual</i>	32
b) <i>Los contenidos de la formación</i>	33
c) <i>Educar evangelizadores</i>	35

I. ALCANZAR LA MADUREZ INTELLECTUAL Y ESPIRITUAL

Itinerarios de integración entre saber y sentir en el seminario

<i>Miguel de Salis</i>	39
1. Introducción.....	39
2. La dimensión intelectual de la madurez.....	41
2.1. <i>Un retrato de la madurez</i>	41
2.2. <i>Cualidades fundamentales de la dimensión intelectual de la madurez</i>	43
3. Algunos elementos comunes a los distintos itinerarios.....	47
3.1. <i>Una mirada a la actualidad</i>	47
3.2. <i>«It takes a village to raise a child»: seminario y escuela</i>	51
3.3. <i>Gradualidad y flexibilidad</i>	52
3.4. <i>Educación a través del ambiente y de la responsabilidad personal</i>	53
4. Itinerarios de integración entre «saber» y «sentir».....	54
4.1. <i>Primer itinerario: aprender a recibir objetivamente la realidad</i>	55
4.2. <i>Segundo itinerario: desarrollar la creatividad y el propio modo de ver el mundo</i>	63

4.3. Tercer itinerario: desarrollar la capacidad de evaluar críticamente la realidad.....	73
4.4. Cuarto itinerario: vivir la prueba del límite	78
5. Conclusión.....	85
6. Bibliografía sugerida	87
a) <i>Magisterio</i>	87
b) <i>Otras obras</i>	87

La integración de la formación intelectual con la vida espiritual del candidato al sacerdocio

<i>Paul O'Callaghan</i>	93
1. Interdependencia de las cuatro dimensiones de la formación sacerdotal.....	93
2. Llegar a los «registros» en la formación	95
3. Sentimiento y sentimentalismo.....	99
4. Ayudar desde la dirección espiritual	100
a) <i>El estudio de la teología</i>	100
b) <i>Sinceridad y docilidad</i>	101
c) <i>Experiencia</i>	102
5. En la perspectiva del futuro sacerdote.....	104

Verdad y libertad:

«la verdad os hará libres» (Jn 8, 32)

<i>Mariano Fazio</i>	107
1. La verdad, condición para una auténtica libertad.....	107
2. La verdad en el contexto contemporáneo.....	108
3. La verdad en la formación sacerdotal.....	110
a) <i>La verdad sobre uno mismo</i>	110
b) <i>La verdad sobre los otros</i>	112

c) <i>La verdad sobre el mundo</i>	112
d) <i>Una mirada llena de esperanza</i>	114
e) <i>Desafíos actuales para la conciencia cristiana</i> ...	115
4. Formar personas libres	117
a) <i>Importancia de la libertad en la formación sacerdotal</i>	117
b) <i>Dimensiones de la libertad</i>	118
c) <i>Las falsas antinomias de la libertad</i>	121
d) <i>La libertad interior</i>	124

II. LOS CONTENIDOS DE LA FORMACIÓN

Los estudios de filosofía y su integración con la etapa discipular

<i>Luis Romera</i>	131
1. Introducción.....	131
2. Identidad del discipulado.....	133
3. Dimensiones del discipulado	138
4. ¿Por qué tenemos que «ir a alguien»?.....	143
5. El sentido de la formación filosófica	150

Los estudios teológicos y su armonización con la configuración con Cristo Buen Pastor

<i>Philippe Curbelié</i>	157
1. Una cita del Papa Francisco	157
2. Delante, para guiar a la comunidad.....	161
3. En medio, para alentarla y sostenerla.....	169
4. Detrás, para mantenerla unida.....	176
5. Conclusión.....	183

**La formación cultural de los seminaristas.
Hacia una síntesis dinámica de
evangelización de la cultura**

<i>Florian Erlenmeyer</i>	185
1. Introducción.....	185
2. ¿Cultura? ¿Qué cultura?.....	186
<i>a) Una primera aproximación al concepto de cultura</i>	186
<i>b) Algunos rasgos característicos de la cultura actual</i>	187
<i>c) El discernimiento de estos cambios</i>	192
3. Un intento de síntesis y de integración dinámica histórico-salvífica.....	194
<i>a) La propia experiencia y la propia historia como puntos de partida</i>	195
<i>b) La única base posible para una verdadera cultura: ser amado en la historia</i>	196
<i>c) La estructura de la nueva Ratio fundamentalis como itinerario de crecimiento cristiano</i>	198
<i>d) «Evangelizar la cabeza»: formar una mentalidad a través de una diaconía intelectual</i>	199
4. Algunas propuestas concretas	200
<i>a) Haggadah! o Narrant ergo sum</i>	200
<i>b) La familia y las pequeñas comunidades como «seminario» (lugar donde sembrar y crecer de relaciones personales auténticas</i>	202
<i>c) Contra el automatismo</i>	204
<i>d) Desintoxicación digital y minimalismo digital</i> ...	205
<i>e) Evangelizar los medios de comunicación: «hablemos»</i>	206

f) <i>Padrinos de lectura y apostolado del libro</i>	208
g) <i>Cursos Alfa como inicio de una profundización</i>	209
h) <i>Reisen Bildet (los viajes forman)</i>	209
i) <i>Solo la belleza salvará al mundo: todo lo que es verdaderamente bello es «nuestro y cristiano»</i>	210

El estudio en el seminario y la formación permanente

<i>Vito Reale</i>	213
1. <i>Introducción</i>	213
2. <i>El papel de los formadores</i>	214
3. <i>Áreas y modos de desempeñar el papel de formador</i>	220
a) <i>Como equipo de los formadores</i>	220
b) <i>Como formador en la relación personal</i>	228
4. <i>La formación permanente en lo que respecta a la dimensión intelectual</i>	234
5. <i>Sugerencias bibliográficas</i>	235

Educación y formar hoy: aspectos pedagógicos

<i>Marisa Musaio</i>	237
1. <i>Una nueva e imperiosa necesidad de educar</i>	237
2. <i>Una perspectiva del ser humano</i>	242
3. <i>El reconocimiento de la persona como educable</i>	247
4. <i>El concepto de educabilidad</i>	251
5. <i>La acción educativa</i>	255
6. <i>La relación educativa</i>	258
7. <i>Para no concluir</i>	264

III. EDUCAR EVANGELIZADORES

Maestros de corazón sabio y prudente

<i>Mons. Stefano Manetti</i>	269
1. El papel formativo de los docentes	269
2. Comunicar la propia alma	270
3. Enseñar la verdad sobre el hombre.....	271
4. La necesidad de la figura del padre.....	274
5. La enseñanza como <i>kénosis</i>	276
6. Un corazón dócil.....	278

Comunicar la fe en el siglo XXI

<i>Lucio Adrián Ruiz</i>	281
1. La Iglesia y la cultura	281
2. Nuestra cultura digital	284
<i>a) Caracterizada por la tecnología</i>	284
<i>b) Globalizada y globalizante</i>	288
<i>c) Que deja su huella en el hombre</i>	295
3. La Iglesia en la cultura digital	297
4. Claves para comunicar la fe en el siglo XXI.....	301
<i>a) Reforzar el «ver y escuchar» (cfr. Hch 4, 20)</i>	301
<i>b) Educar a la persona en la libertad</i>	303
<i>c) Presencia, tiempo y narrativa (transmisión)</i>	305
<i>d) Educar al silencio</i>	307
5. Conclusión.....	309

Verdad y Libertad: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32)

Mariano Fazio*

1. *La verdad, condición para una auténtica libertad*

En alguna oportunidad, san Juan Pablo II comentó que su texto preferido de la sagrada Escritura era Juan 8, 32: «La verdad os hará libres». Son unas palabras de Jesús que, aunque en principio están llamadas a ser el camino hacia una vida auténtica deseada por todos, no siempre son fáciles de comprender; constituyen verdaderamente un reto para el hombre de cada época. ¿Acaso no parecen ser más libres aquellas personas que deciden no atarse a verdad alguna? ¿No es cierto que la imposición de ciertas verdades ha terminado por causar desastres personales y globales? Por último... ¿Qué verdad es la que, según Jesús, nos hará libres?

En su primera encíclica, tal vez pensando en interrogantes similares a los anteriores, Juan Pablo II escribía: «Estas palabras encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia. ¡Qué confirmación tan estupenda de lo que han dado y no cesan de dar aquellos que, gracias a Cristo y en Cristo, han alcanzado la verdadera libertad y la han manifestado hasta en condiciones de constricción exterior!»¹.

«La verdad os hará libres»: aquí se contienen dos conceptos inabarcables en su riqueza: la verdad y la libertad. En mi exposición analizaré en primer lugar la situación de la verdad en el contexto del mundo contemporáneo, para después referirme a su intrínseca relación con la libertad.

2. *La verdad en el contexto contemporáneo*

Es una afirmación muy difundida que vivimos en tiempos de relativismo. En muchos países solo una minoría confía en la capacidad de la razón de alcanzar una verdad objetiva que pueda guiar la conducta humana. Vivimos, como recordaba con frecuencia Benedicto XVI, en una “dictadura del

* Vice Gran Canciller de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

¹ SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 12.

relativismo”, donde se ha regresado a la postura antropocéntrica del sofismo clásico, que sostenía que “el hombre es la medida de todas las cosas”.

Si la “dictadura del relativismo” se encuentra en el centro del diagnóstico cultural que realizó durante su pontificado Benedicto XVI, el Papa Francisco ha dado una gran importancia a la “cultura del descarte”: según la mentalidad dominante, caracterizada muchas veces por el desinterés frente a las demás personas (individualismo), por la excesiva búsqueda del placer momentáneo (hedonismo) o por un desmedido afán de consumo (consumismo), hay personas que no tendrían dignidad intrínseca, pues “no sirven”, se las descarta sin más, pues no entran en la lógica del interés-beneficio-placer. Se trata, pues, de un relativismo práctico.

Considero oportuno subrayar la continuidad de los dos elementos centrales de los últimos pontificados: Francisco destaca las consecuencias prácticas –sociales, políticas, económicas– de la enfermedad cultural denunciada por Benedicto XVI: si no hay una verdad objetiva que nos guíe, tomarán las decisiones los poderosos, que se dejan guiar por lógicas mundanas que ignoran todo horizonte trascendente².

3. La verdad en la formación sacerdotal

La formación de los candidatos al sacerdocio se inscribe necesariamente en este contexto cultural, en el que vale la pena también aprender a reconocer los aspectos positivos que traen esos mismos movimientos. Como recuerda repetidamente la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, la finalidad última de la formación para el sacerdocio –aunque, en definitiva, se puede aplicar a la vida cristiana de todo fiel– es la identificación con Jesucristo. Para superar el relativismo ambiental –teórico y práctico– es interesante recordar que nuestra mirada, nuestros anhelos, se posan sobre una Persona que afirmó de sí misma: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). Subrayar que hemos sido llamados por una Verdad que nos trasciende y al mismo tiempo nos involucra es un antídoto eficaz contra el ambiente relativista que niega la posibilidad misma de una verdad objetiva.

La Verdad que es Cristo ilumina todo el camino de formación sacerdotal. La luz de Jesús ha de ayudar a descubrir la verdad en sus diversas dimensiones. Puede ser útil, desde un punto de vista pedagógico, organizar esta exposición en torno a tres dimensiones de la verdad: la verdad sobre uno mismo, sobre los demás y sobre el mundo.

a) La verdad sobre uno mismo

Una formación integral de quien se siente llamado al sacerdocio debería facilitar el conocimiento de uno mismo. Con la luz de la gracia y con la ayuda prudente de los formadores, el seminarista debe autoconocerse. El «conócete a ti mismo» del Oráculo de Delfos tiene una aplicación cristiana evidente. Partiendo de la visión trascendente que otorga la fe y con una actitud de humilde sinceridad, se pueden individuar las fortalezas y las flaquezas de la propia personalidad, los aspectos en los que necesitamos trabajar más –siempre con la gracia de Dios, huyendo de todo

² Cfr. M. FAZIO, *Da Benedetto a Francesco*, en «Studi Cattolici», 651 (mayo 2015) 332-335.

voluntarismo- para alcanzar la meta de la identificación con Cristo, iniciada con el Bautismo, y aquellos en los que podemos sacar más frutos, pues tenemos una especial facilidad: la verdad sobre nosotros mismo es también reconocer los talentos que el Señor nos ha regalado.

A veces nos da miedo enfrentarnos con la realidad de nuestra alma. Decía Goethe: «¿Conocerme a mí mismo? Si lo hiciera, saldría corriendo espantado». En un contexto de deseos de crecimiento espiritual hay que ayudar a superar temores y facilitar que cada uno se enfrente con su vida, donde hay luces y sombras, facilidades y dificultades y, sobre todo, mucho amor y misericordia de Dios. El conocimiento de nosotros mismos -llegar a la verdad de nuestra vida- nos libera, porque nos señala el camino que hemos de recorrer para alcanzar nuestro fin. El discernimiento de la vocación, sin bien posee una innegable dimensión eclesial, tiene también una insustituible dimensión personal: si el candidato se conoce, podrá tomar sus decisiones con una libertad interior, que sería imposible si no tuviera ese autoconocimiento.

b) La verdad sobre los otros

No basta conocerse a sí mismo. También hemos de conocer a los demás. Toda persona humana está continuamente interactuando con los demás. Los cristianos -y ahora me refiero más en particular a los ministros sagrados- queremos mostrar a Cristo a nuestros hermanos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En la formación sacerdotal ocupa un lugar de privilegio el desarrollar las capacidades de empatía, compasión, comprensión y misericordia con todas las personas con las que se entre en relación. Cristo, repitémoslo, es la Verdad. San Pablo nos anima a tener los mismos sentimientos de Cristo. Contemplando en los Evangelios su obrar en este mundo descubriremos todas estas capacidades que acabamos de enumerar. Ayudar a descubrir “la verdad sobre el hombre” -quizá el tema central del pontificado de san Juan Pablo II- tiene también un efecto liberador: el alma sacerdotal se arrodilla delante de la dignidad de todo ser humano, creado, amado y redimido por Dios. Se superan así los prejuicios, las discriminaciones: conociendo la verdad sobre el hombre, el seminarista se convertirá realmente en “pontífice”, en constructor de puentes.

c) La verdad sobre el mundo

Hay una tercera dimensión de la verdad, a la que me gustaría referirme: la verdad sobre el mundo. Vivimos en medio del mundo. Como cristianos queremos llevar la alegría del evangelio a todos los rincones. Amamos al mundo -somos sal y luz del mundo, dice Jesús- y por eso queremos mejorarlo. Pero para mejorar la realidad que nos rodea, para esparcir la simiente evangélica, es necesario conocer el terreno. Quienes deseen ser operadores activos del cambio deben conocer el mundo en el que viven con profundidad. No se trata de un conocimiento teórico, frío, solo de escritorio. Más bien se trata de un conocimiento empático: hay una especie de círculo virtuoso entre el conocimiento y el amor. Conozco como condición previa para amar, y cuando amo estoy capacitado para conocer mejor. El Papa, en este sentido, suele decir que el contacto con las demás personas -el Pueblo de Dios- “nos ubica”, nos evita hacer construcciones teóricas que nada tienen que ver con la realidad. Porque el amor a los otros dilata las pupilas y me permite ver cosas que antes no aparecían ante mi mirada. Es lo que ocurre con las madres, que poseen un sexto sentido para darse cuenta de la situación por la que está atravesando alguien de su familia. Cuando una madre le dice a un hijo: “A ti te pasa algo”, es prácticamente seguro que acertará.

Vivimos en un mundo lleno de información. Las distintas pantallas forman parte de nuestra existencia cotidiana, y podemos enterarnos de lo que sucede en las antípodas sin levantarnos de la silla. Abunda la información, pero con frecuencia falta el conocimiento. La información nos hace movernos en la superficie de la realidad. Es elocuente que, en el nacimiento de Internet, se gestó el verbo “surfear” para hacer referencia a la dinámica de consumo de información que muchas veces allí se da: casi siempre flotando en lo más exterior. Conocer es ir en profundidad. “Saber” viene de *sabiduría*, que significa el conocimiento de las últimas causas. Quien ama este mundo para mejorarlo ha de aspirar a un conocimiento sapiencial, que llegue a las raíces de la realidad.

d) Una mirada llena de esperanza

Por todo lo dicho, la mirada de un candidato al sacerdocio sobre su entorno no puede limitarse a un diagnóstico meramente sociológico. Las estadísticas ayudan a comprender algunos aspectos de la realidad, pero no lo dicen todo. Desde la mirada del discípulo misionero³, nada nos puede resultar indiferente. Al mismo tiempo, la del cristiano es una visión llena de optimismo sobrenatural: no se le oculta la presencia del mal, que nos acompañará siempre, aunque a la vez siempre descubre la posibilidad de redimirlo. También comprueba a cada paso la presencia del bien, manifestación de la bondad de Dios y de la libre correspondencia de los hombres a sus proyectos de amor. El mundo rebosa de la gloria de Dios.

En la formación para el sacerdocio es importante que se fomente un conocimiento del mundo circundante –sobre todo del ámbito en donde le tocará desempeñar su tarea pastoral–, con sus luces y sus sombras. Habrá que encontrar los instrumentos adecuados para desarrollar una capacidad crítica, que sepa distinguir entre lo que pertenece a los planes de Dios para este mundo –el bien–, y lo que constituye un obstáculo a esos planes –el mal–. Un futuro sacerdote no se puede mover con las categorías propias de lo “políticamente correcto”, y no ha de perder el deseo de anunciar la verdad con *parresía* –siempre con mansedumbre y humildad– aunque ese anuncio ocasione a veces problemas e incomprensiones.

La formación intelectual lleva a conocer las ideologías de moda, en las que se debe distinguir entre el trigo y la cizaña. A su vez, hay que evitar una visión pesimista, derrotista del mundo, que en nada ayudaría al anuncio gozoso del Evangelio. La visión esperanzada, además de ser realista, es estratégicamente necesaria para las personas que quieren cambiar lo que no funciona a nuestro alrededor. En la Antigüedad, muchos pueblos observaban el comportamiento de las aves para escudriñar el futuro. A veces, los “augures” pensaban que la conformación de algunas entrañas de un pollo, o el graznido de los cuervos, o la forma de volar de otras aves presagiaba calamidades: eran los “pájaros de mal agüero”. No seamos ese tipo de pájaros. Nadie quiere seguir a alguien que solo profetiza tragedias y desventuras. Si queremos transformar el mundo, procuremos no perder nunca esa visión esperanzada que, además, es la única verdaderamente cristiana.

³ Cfr. FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 120.

e) Desafíos actuales para la conciencia cristiana

Ser positivos y procurar mirar el lado bueno de las cosas no implica ser ingenuos, o no darse cuenta de que hay cosas que mejorar, que hay obstáculos que remover para ayudar a la gente a ser feliz. Es necesario conocer el mal, la enfermedad, para poder sanar, curar, cerrar heridas. ¿Cuáles son las enfermedades del mundo actual? ¿Cuáles los principales desafíos para la conciencia cristiana? Nos puede ayudar la descripción que hace el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien»⁴.

Serían muchas las consecuencias que podríamos sacar de estas pocas frases. Considero que hay tres actitudes vitales que se contienen en el texto de la exhortación apostólica, y que constituyen desafíos actuales para la construcción cristiana del mundo: el individualismo, el hedonismo y el relativismo. Como consecuencia de dichas actitudes, nos encontramos ante un desafío, que podríamos denominar emergencia social: son evidentes los sufrimientos de tantas personas, víctimas de la “cultura del descarte”, que han de encontrar en el candidato al sacerdocio un lugar privilegiado en su corazón.

4. Formar personas libres

a) Importancia de la libertad en la formación sacerdotal

Conocer la verdad sobre uno mismo, sobre los demás y sobre el mundo nos libera. Volvamos al principio de esta conversación, «La verdad os hará libres», y pasemos al segundo concepto de esta frase del Señor: la libertad.

Estamos hablando del camino de formación al sacerdocio. Toda formación exige la libertad de la persona que desea ser formada. Un proceso unilateral, en el que el formador transmite una serie de valores, informaciones, sugerencias, consejos, etc. nunca tendrá eficacia si la persona que se forma no está interesada en asimilar libremente esos contenidos. Lo dice con mejores palabras san Juan Pablo II: «No se da formación verdadera y eficaz si cada uno no asume y no desarrolla por sí mismo la responsabilidad de la formación. (...) Cuanto más nos formamos, más sentimos la exigencia de proseguir y profundizar tal formación; como también cuanto más somos formados, más nos hacemos capaces de formar a los demás»⁵.

La libertad es, pues, una *conditio sine qua non* del proceso formativo. Si al inicio decíamos que el concepto mismo de verdad está en crisis –la dictadura del relativismo no es otra cosa que la manifestación más evidente de la crisis de la verdad–, ahora añadimos que el concepto de libertad se da por supuesto. Pocos valores están más en auge en la cultura contemporánea, pero quizá son

⁴ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 2.

⁵ SAN JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, n. 63.

pocas las personas que poseen una vivencia profunda de libertad, que deriva de la “verdad sobre el hombre” que mencionamos atrás. Son muchas, en cambio, las corrientes culturales que separan la verdad de la libertad. En la *Centesimus annus*, san Juan Pablo II escribía: «La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad. La libertad, no obstante, es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la verdad. En un mundo sin verdad la libertad pierde su consistencia y el hombre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos. El cristiano vive la libertad y la sirve (cfr. *Jn* 8,31-32), proponiendo continuamente, en conformidad con la naturaleza misionera de su vocación, la verdad que ha conocido. En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón»⁶.

b) Dimensiones de la libertad

¿Qué es la libertad? En la *Ratio fundamentalis* encontramos un gran número de referencias a la libertad. El documento aborda algunas de sus manifestaciones de la libertad y puede ser útil agruparlas temáticamente. Yendo de lo más central a lo más periférico, se afirma que existe:

- a) Una libertad para entregarse: el proceso educativo debe ayudar a ser conscientemente libre para darse a Dios y a los hombres (n. 29); la dirección espiritual ayuda a madurar una respuesta libre y generosa (n. 136); la enseñanza de la moral debe mostrar el obrar cristiano como una respuesta a la llamada divina a la santidad y a la libertad. La doctrina moral es “ley de la libertad” (n. 169).
- b) Una libertad interior: es necesaria para los alumnos de los seminarios menores (n. 18); el acompañamiento espiritual educa a la libertad interior (n. 46); la libertad interior es necesaria para vivir el apostolado como servicio (n. 119).
- c) Una libertad respecto los condicionamientos interiores y exteriores (libertad de): libres respecto a los bienes materiales (n. 111); libres de nuestros puntos de vista demasiado subjetivos (n. 115); desprendidos de las expectativas exageradas de las familias (n. 148); libres del apegamiento o dependencia del mundo digital (n. 99).
- d) Una libertad de elección: en los seminaristas menores (n. 22); para elegir el director espiritual (n. 107).
- e) Una libertad psicológica para declarar de modo libre, consciente y definitivo la voluntad de ser ordenado sacerdote (n. 74); y para asumir los compromisos de la vocación y del ministerio (n. 191).

La lista no es exhaustiva, y quisiera subrayar la importancia que la *Ratio* da a la relación entre libertad y obediencia (n. 109); y libertad y celibato (n. 110).

Como se ve, el término libertad es polisémico, y considero necesario aclarar los distintos niveles de la libertad para garantizar un proceso formativo maduro y fecundo. Se han escrito enteros

⁶ SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Centesimus annus*, 1 de mayo de 1991, n. 46.

volúmenes sobre este tema, y no hay una sola forma de explicar estos niveles. Intentaré una que considero clara y útil, encuadrada en la antropología cristiana.

Podemos distinguir entre una “libertad para” y una “libertad de”. La primera indica que la persona humana está dotada de libertad para alcanzar un fin. He sido creado para un fin –para la felicidad, para la verdad, el amor y la belleza, o, en palabras más explícitas, para Dios– y he de alcanzar ese fin de una manera acorde con la dignidad de la persona humana, es decir, libremente. Dios no quiere esclavos: quiere hijos que respondan a su amor con amor. De ahí que la libertad cristiana –y más en general, la libertad humana– no es sola y simplemente indeterminación de la voluntad y capacidad de elección entre muchas posibilidades, aunque las pueda presuponer. Es la autodeterminación en vistas a mi fin último. Aplicando estos principios a la vida cristiana y al camino de formación al sacerdocio, la libertad implica dirigirme hacia el fin, que es la identificación con Cristo, realizando a lo largo de mi recorrido existencial todas las elecciones necesarias para llegar a la meta. Muchas veces nos equivocaremos –por ignorancia, por debilidad o por mala voluntad–, pero siempre tenemos la posibilidad de rectificar y volver al camino.

c) *Las falsas antinomias de la libertad*

Detengámonos en esta “libertad para”, que es la más originaria. Hemos sido creados libres para amar –nuestro fin último es Dios, y Dios es Amor–, y el acto propio del amor es la donación, la entrega, el don sincero de sí. Estos tres conceptos iluminan la noción de libertad y logran superar la aparente antinomia entre libertad y entrega o libertad y obediencia. Amar es darse, entregarse. La entrega es fruto del amor y consecuencia de la libertad. Es el ejemplo que nos ha dejado Jesús: toda su vida en la tierra es un entregarse continuo, hasta llegar al don completo de la Cruz, con una libre y amorosa obediencia a los designios salvíficos del Padre (cfr. *Hb* 10,7): «Yo doy la vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente» (*Jn* 10, 17-18). Karl Adam comenta estas palabras del Señor, sosteniendo que «jamás hubo en la tierra acto interno alguno más libre, ni producido de modo tan exclusivo por la voluntad personal como el sacrificio de Jesús sobre el Gólgota»⁷. San Josemaría, a su vez, añade, refiriéndose a la Pasión de Cristo: «Se entrega a la muerte con la plena libertad del amor»⁸.

Desde esta perspectiva cristocéntrica, se entiende que libertad y entrega, libertad y autoridad, libertad y obediencia no se excluyan, sino que se pueden implicar mutuamente. Olvidarnos de nosotros mismos y darnos a los demás es fruto de la libertad; respetar y obedecer los mandatos de la autoridad legítima puede ser manifestación de un uso maduro de nuestra libertad; cumplir con los deberes de estado no impide nuestra libertad, sino que la puede dirigir hacia su auténtico fin: nuestro perfeccionamiento moral en el plano humano y nuestra identificación con Cristo en el plano sobrenatural. «Nada más falso que oponer la libertad a la entrega –señala san Josemaría–, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad»⁹.

⁷ K. ADAM, *Jesucristo*, Herder, Barcelona 1973⁷, pp. 231-232.

⁸ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Via Crucis*, X estación, Rialp, Madrid 1981.

⁹ IDEM, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 2004³⁰, n. 30.

Señala Cornelio Fabro que san Josemaría, «inmerso en el anuncio evangélico de la libertad entendida como la liberación de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y, después de siglos de espiritualidades cristianas basadas en la prioridad de la obediencia, invierte la situación y hace de la obediencia una actitud y consecuencia de la libertad, como un fruto de su flor, o, más profundamente, de su raíz»¹⁰. Cobra así claridad el siguiente párrafo de san Josemaría, donde utiliza una expresión muy audaz: «Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana (la obediencia). Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, “porque nos da la gana”, que es la razón más sobrenatural»¹¹.

La tentación de reducir la vida cristiana a la observancia de unas prácticas y al cumplimiento de unas reglas que supuestamente garantizan la salvación al precio de renunciar a la libertad está siempre al acecho. La posición auténticamente cristiana se encuentra en las antípodas de esta visión formalista: cumplir el deber por amor es propio de almas libres, no de espíritus encogidos. Procuramos ser fieles a nuestros compromisos, apoyados en la gracia de Dios, movidos por el amor y con libertad interior, sin coacciones. Como libérrima fue la entrega de Jesús en la Cruz. En este sentido, cobran particular relevancia las palabras de Benedicto XVI: «En su obediencia al Padre, Jesús realiza su libertad como elección consciente motivada por el amor. ¿Quién es más libre que Él, que es el Todopoderoso? Pero no vivió su libertad como arbitrio o dominio. La vivió como servicio. De este modo “llenó” de contenido la libertad, que de lo contrario sería solo la posibilidad “vacía” de hacer o no hacer algo. La libertad, como la vida misma del hombre, cobra sentido por el amor. [...] Por tanto, la libertad cristiana no es en absoluto arbitrariedad; es seguimiento de Cristo en la entrega de sí hasta el sacrificio de la cruz. Puede parecer una paradoja, pero el Señor vivió el culmen de su libertad en la cruz, como cumbre del amor. Cuando en el Calvario le gritaban: “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”, demostró su libertad de Hijo precisamente permaneciendo en aquel patíbulo para cumplir a fondo la voluntad misericordiosa del Padre»¹².

Entendida así, la libertad se presenta como una aventura apasionante: es el motor de la respuesta de un alma enamorada al Amor que la llama. El formador ha de tener la capacidad de presentar las exigencias de la vida propia del candidato al sacerdocio como exigencias del amor, libremente aceptadas. Para eso, él mismo ha de sentirse libre y lleno de un amor gozoso, transmitiendo a los seminaristas esta alegría y felicidad.

e) La libertad interior

Para que la “libertad para” alcance su meta, es necesaria la libertad interior. Es decir, el alma ha de estar libre de todas las dependencias de las cosas que no son Dios y el bien de las almas. Por eso, la libertad interior o libertad espiritual implica las “libertades de”. Es fácil constatar que en la actualidad muchas personas que se consideran libres muchas veces no lo son tanto, porque les esclavizan sus pasiones. Si “la verdad nos hará libres”, lo que nos esclaviza es la mentira. Las supuestas felicidades que nos ofrecen el individualismo, el consumismo o el hedonismo son un

¹⁰ C. FABRO, *El primado existencial de la libertad*, en P. RODRÍGUEZ, J.M. ZUMAQUERO (coord.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 1982, p. 337.

¹¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 2003⁴⁰, n. 17.

¹² BENEDICTO XVI, *Ángelus*, 1 de julio de 2007.

engaño. No olvidemos que el demonio es «el padre de la mentira» (Jn 8,44). La insistencia de la *Ratio fundamentalis* en estas “libertades de” responde al ambiente en el que nos movemos, que nos ofrece constantemente posibilidades de caer en dependencias que no liberan. Es ese ambiente que decíamos páginas atrás que hemos de conocer, con sentido crítico y con deseos de mejorarlo. Y una de las formas de mejorar el ambiente es no caer en las tentaciones de los falsos ídolos de las ideologías. El candidato al sacerdocio puede dar un atractivo testimonio de señorío de sí mismo a sus compañeros y amigos, que muchas veces están atrapados por los lazos de las dependencias (alcohol, droga, pornografía, consumismo, etc.).

En este contexto formativo habrá que mostrar en positivo la importancia de un uso maduro de los medios digitales, del desprendimiento de los bienes materiales, de una sana independencia – llena de amor y gratitud– a las peticiones no razonables de la familia de origen, etc. Saber “decir que no” significa decir que sí a la llamada de amor que nos dirige el Señor. En otras palabras, liberarse de esas dependencias produce una libertad en el alma que la capacita para volar alto y atraer a muchas almas hacia el seguimiento de Cristo.

En una carta pastoral de enero de 2018, el actual prelado del Opus Dei se refería a la importancia de la libertad interior, que nos lleva a hacer todo por amor: «Actuar libremente, sin sufrir coacción de ningún tipo, es propio de la dignidad humana y, más aún, de la dignidad de las hijas y de los hijos de Dios. A la vez, es necesario “fortalecer el aprecio por una libertad no arbitraria, sino verdaderamente humanizada por el reconocimiento del bien que la precede” (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 68): una libertad reconciliada con Dios.

Querría detenerme por eso a considerar la importancia de la *libertad de espíritu*. No me refiero al sentido ambiguo, que a veces se da también a esta expresión: actuar conforme a los propios caprichos y en resistencia a cualquier norma. En realidad, la libertad de todas las personas humanas está materialmente limitada por deberes naturales y compromisos adquiridos (familiares, profesionales, cívicos, etc.). Sin embargo, en todo podemos actuar libremente, si lo hacemos por amor: “*Dilige et quod vis fac: Ama y haz lo que quieras*” (San Agustín, *In Epist. Ioan. ad Parthos*, VII, 8). La verdadera libertad de espíritu es esta capacidad y actitud habitual de obrar por amor, especialmente en el empeño de seguir lo que, en cada circunstancia, Dios le pide a cada uno.

“¿Me amas?” (Jn 21,17): la vida cristiana es una respuesta libre, llena de iniciativa y de disponibilidad, a esta pregunta del Señor»¹³.

El gran desafío que tenemos en los seminarios es formar personas libres, que vayan identificando sus vidas con Aquel que dijo de sí mismo que es la Verdad. *Veritas liberabit vos* (Jn 8,32). Terminemos, reiterando nuestra primera cita: «También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia»¹⁴.

¹³ F. OCÁRIZ, *Carta pastoral*, 9 de enero de 2018, n. 5, en: <https://opusdei.org/es/document/carta-pastoral-prelado-opus-dei-9-enero-2018> (15.01.2020).

¹⁴ SAN JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n. 12.